

CAMINAR JUNTO AL RESUCITADO HOY

La Resurrección de Jesús es un grito de alegría que rompe las tinieblas de nuestra noche: «¡Aleluya, el Padre ha resucitado a Jesús!» La Palabra de Dios que acabamos de escuchar llena de gozo nuestro corazón y nos invita a reflexionar sobre este acontecimiento que cambia la historia de la humanidad. Hoy, también nosotros, podemos caminar junto al Resucitado y para ello os propongo el cultivo de algunas actitudes que nos hacen disfrutar de su presencia.

1. Contemplar los signos de Vida que se dan en nuestro entorno

En el relato evangélico de la Resurrección se nos habla de muchos signos de Vida que los tres discípulos que acuden al sepulcro van apreciando: la piedra corrida, el sepulcro vacío, los lienzos tendidos, el sudario enrollado... Los tres discípulos han gustado la amistad de Jesús, pero es el discípulo “a quien Jesús amaba” el primero que llega a la fe tras la contemplación de los signos.

En nuestra vida cotidiana hemos de estar atentos a los signos de Vida que nos regala el Señor: personas que construyen la paz en medio de situaciones de violencia, palabras de ánimo y consuelo en situaciones de muerte, disponibilidad a servir gratuitamente en un mundo tan interesado, acogida cálida de los pobres en medio de tanta indiferencia... Para ver y saber leer estos signos necesitamos cultivar la experiencia del amor de Jesús en la oración. Y, al mismo tiempo, como nos enseña la gran mística del siglo pasado, Madeleine Delbrêl, hemos de aprender a perforar la superficie de la realidad para encontrar a Dios en cualquier situación, por pequeña que sea, de nuestra vida cotidiana.

2. Correr junto a otros

Podemos acceder al Resucitado en la fraternidad: “Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18,20). Es curioso ver cómo María Magdalena corre sola en la búsqueda de Jesús y no lo encuentra. Su fe escasa y “solitaria” le hace interpretar superficialmente el signo de la piedra corrida: han robado el cuerpo de Jesús y no se sabe dónde está.

Los otros dos discípulos corren juntos, cada uno a la velocidad que puede. Llegan al sepulcro, observan y Juan, el discípulo amado, termina creyendo: “vio y creyó”. Hoy hemos de estar en lucha ante el individualismo que invade nuestra cultura y nos incapacita para la vida fraterna. La vida junto a otros no es fácil y tiene su dimensión de cruz, pero a ella estamos llamados como hijos del mismo Padre. La fraternidad es presupuesto y, al mismo tiempo, regalo de la experiencia del misterio Pascual.

3. Dejarnos alimentar por Jesús

Como hicieron los primeros discípulos nosotros también estamos llamados hoy a “comer y a beber con Jesús después de la Resurrección”. La Eucaristía es el lugar donde encontramos de una manera real a Jesús resucitado. En el pan y en el vino se nos da como alimento para que podamos estar en el mundo como signo de su presencia amorosa. En la

Eucaristía Jesús nos va transformando en él, nos va convirtiendo en “buen pan” para alimentar la vida de los que nos rodean.

Quien ha encontrado al Resucitado en la Eucaristía, hace de este sacramento el centro de su vida, desea con toda el alma participar de él para gozar del amor entregado de aquel a quien ama. Quien ha hecho esta experiencia cuenta las horas y los minutos que faltan para la próxima comida junto a Jesús y los hermanos. Teresa de Jesús deseaba con ardor la Eucaristía porque en ella ve a Cristo que entra en su vida y la transforma: “En acabando de comulgar representase tan Señor de aquella posada, que parece toda desecha el alma, se ve consumir en Cristo” (Vida 18,8).

4. Entrar en los sepulcros excavados por la injusticia

Podemos llamar “sepulcro”, de manera metafórica, a las condiciones de vida por las que pasan muchos hermanos que desdibujan o hacen desaparecer su dignidad. Todos somos conscientes de esas situaciones de pobreza evocadas por León XIV en su reciente exhortación: “Aquella de los que no tienen medios de sustento material, la pobreza del que está marginado socialmente y no tiene instrumentos para dar voz a su dignidad y a sus capacidades, la pobreza moral y espiritual, la pobreza cultural, la del que se encuentra en una condición de debilidad o fragilidad personal o social, la pobreza del que no tiene derechos, ni espacio, ni libertad” (Dilexi te 9).

Entrar en los “sepulcros” supone compartir la vida de los pobres para colaborar con ellos en su camino de superación de las injusticias que desfiguran su rostro y, al mismo tiempo, ser para ellos testigos del Resucitado, que es quien restaura en cada persona la verdadera dignidad que consiste en ser imagen y semejanza del Creador, en ser su hijo querido.

*Diego Martín Peñas
Diócesis de Ávila
Sacerdote del Prado*